

art buchwald

LAS ESPOSAS DE LOS MINISTROS

WASHINGTON.—La idea de que las esposas de los miembros del gabinete de Nixon acompañen a sus maridos a las reuniones del mismo, puede tener muchas virtudes, pero también sus inconvenientes. Aunque nada especial ocurriera en las reuniones, odiaría ser miembro del gabinete al regresar a casa por la noche.

—Desde luego —dice la esposa del ministro— no se puede decir que hayas abierto la boca en la reunión.

—Pero, querida, el Presidente no pidió que hablara.

—¿Y puedo preguntarte por qué no te consultó? Tu departamento es tan importante como cualquier otro. Me sentía tan ridícula, al verte sentado allí, sin decir nada...

—Pero otros días, yo soy el que hablo todo el tiempo. Última que llegaste en un mal momento.

—¡Vaya una historia! No estoy segura de que el Presidente sepa siquiera lo que estás haciendo. Por lo menos podrías haber leído un informe, o algo así. Si tú no tienes orgullo, yo sí lo tengo.

—Estás exagerando. Muchos de mis colegas no dijeron nada tampoco. Sólo se dedica un tiempo determinado a las reuniones del gabinete y tenemos que discutir aquello que le interesa especialmente al Presidente.

—¿Viste lo ancha que se ponía la señora Laird cuando su esposo estaba explicando la capacidad nuclear de los rusos? ¿Y viste la reacción de la señora Rogers cuando su marido dijo que no creía que los rusos se propusieran realmente usar su capacidad nuclear? Entre tanto, yo estaba allí sentada, como una muñeca.

—Mira, creo que tienes una idea completamente equivocada de lo que son las reuniones ministeriales. El presidente os invitó simplemente para que os hagáis idea del trabajo de vuestros esposos. Yo creí que te interesaría...

—Sí, si hubiera sabido qué es lo que haces realmente. Pero que yo sepa, la única contribución tuya fue verter un vaso de agua cuando el secretario del Tesoro leía su informe.

—Querida, eso fue un accidente. Bob Finch también regó el agua y su esposa no se enojó.

—Me enfadé cuando vi que ni siquiera se mencionaba el accidente; esa es la atención que te prestan.

—Eres demasiado sensible, mujer. Todo el mundo sabe cuál es mi labor.

—Entonces, ¿por qué se me quedó mirando la señora Nixon, como si no me conociera?

—Por supuesto que sabe quién eres. Estabas sentada a mi lado, ¿no es así?

—Pero tal vez ella no sabía quién eres.

—Vamos, no creí que lo ibas a tomar tan en serio. La intención de la reunión no era demostrarnos recíprocamente lo brillante que somos. Estábamos dirigiendo los asuntos de la nación, simplemente.

—Pero podrías haber dicho algo sobre la inflación...

—También podría haber dicho algo sobre el Oriente Medio y los proyectiles dirigidos, pero, ¿con qué objeto?

—Por lo menos habrías conseguido que la señora Agnew se diera cuenta de tu presencia.

—Francamente, creí que la reunión había quedado muy bien...

—Bueno, puedes decir lo que quieras, pero yo no voy a asistir a ninguna de esas reuniones hasta que tenga la seguridad de que vas a hablar.

—Pero, ¿de qué?

—Para pedirle al Presidente otro vaso de agua fresca, si no tienes otra cosa que decir.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

cales otros tributos que experimenten un menor grado de flexibilidad, una mayor insuficiencia y, en general, una evolución tan raquítica. En cuanto a la equidad del impuesto, basta recordar que, dado que la totalidad de las pequeñas explotaciones están exentas del tributo y que la mayor parte de las medianas no están sujetas a la cuota proporcional, son las grandes

explotaciones las que se benefician de esta situación. Una vez más —tal como ocurre en el ámbito de la política de precios agrícolas—, bajo el viejo pretexto de la crisis agrícola y de la ayuda al pequeño campesino, los grandes terratenientes son los más directamente beneficiados de una situación que empieza a rebasar todos los límites previsibles. ■ A. L. M.

EVOLUCION DE LOS INGRESOS POR LA CONTRIBUCION TERRITORIAL RUSTICA

	Recaudación por la Contribución Rústica	Presión fiscal (porcentaje sobre el valor añadido por la Agricultura)
1960	1.382,3	10,5
1961	1.384,0	9,4
1962	1.383,8	8,2
1963	1.349,7	6,9
1964	1.366,4	7,7
1965	1.344,9	6,6
1966	913,1	4,0
1967	907,7	3,9
1968	927,1	3,6

Fuente: Ministerio de Hacienda y C. N. E.

LIBROS



«El atajo», de A. Sarrazin

El fenómeno Sarrazin, ¿sólo es posible en Francia? Bien se sabe que el clima cultural francés encierra excepcionales potencialidades que, desplegadas, integran, absorben y digieren sin dificultad toda creación intelectual digna de consideración. El de Albertine es, ciertamente, un fenómeno marginal que surge apartado de las corrientes tradicionales, que no puede encasillarse, que es singular, único; otras culturas acaso lo desdicharían o le otorgarían un valor puramente sensacionalista. La francesa, sin embargo, lo incorpora sin trabajo, lo eleva hasta su justo nivel y lo asimila para situarlo en el lugar que le corresponde, que brando toda la esclerosis académica que pudiera oponerse a la operación.

No, no es una obra académica la de Albertine Sarrazin. Sus tres novelas —«El astrágalo», «La fuga» y, la última, «El atajo», que acaba de aparecer en castellano (Editorial Lumen, Colección Palabra en el tiempo)— constituyen el relato, apasionado unas veces, minucioso en exceso otras, siempre desbordante, irrespetuoso con los límites que la preceptiva impone —esto supone un elogio en la mayor parte de las ocasiones en que se produce—, exaltado, formulado como una requisitoria contra la sociedad. Este alegato continuado, encarnado en su propia persona y corlado prematuramente por un desgraciado accidente clínico al mismo tiempo que la vida de la infortunada Albertine, nos autoriza a examinarlo como tal, porque la autora nunca esconde su propósito, y enton-

ces lo vemos situado en un punto polar con relación a la literatura francesa de masas, que tiene en François Sagan a su mejor representante. Aquí en estas ardientes páginas de «El atajo», sería inútil buscar bella literatura ni tratar de adivinar tras ellas una noción esteticista del arte, una concepción del mundo conformista, una visión del contorno que reclame nuestra adecuación a las cosas tal como son. Por el contrario, si existe una literatura de protesta, el legado de la Sarrazin hay que instalarlo en su vanguardia. Esta rebelde, defendiéndose con uñas y dientes en plena selva, entre lobos de todos los pelajes, criatura marginada y marginada, nunca se desespera; lucha con todas sus fuerzas para no ahogarse, para evitar que la devoren, que la arrastre la corriente, que el absurdo la domine. Se resiste a la domesticación de la sociedad de consumo, a la pura encarnación de la «enragee» un sostenido grito contra la opresión que sufre el que se siente y se con prueba fuera de juego. Una sinceridad de este calibre se advierte muy pocas veces: «Si he preferido ser escritor es porque he querido ser conocido en mi distrito, en mi continente, por que he querido superar mi nada, mi desdichas y mi muerte, porque así no ser queda modificado y me sobrevivir a mí misma; y más allá de los derechos de autor veo el derecho del autor el derecho a robar en el ámbito de la vida de las gentes, el derecho a robarles un poco de su historia, un poco de sus recuerdos, el derecho a recuperar algo del inmenso montón de palabras perdidas en el aire, de existencias ignoradas». Albertine Sarrazin escribe grito, porque quiere afirmarse a sí misma en medio de un mundo que la desconoce, la desprecia, la encierra o la arroja fuera de sus coordenadas crueles.

Inconformista, rebelde hasta el fin anarquizante, protestataria, sabia en la superación de su propio delirio de esperado, su palabra es un eco —o un expresión— de la que podrían pronunciarse todos los desplazados, todos los «condenados de la Tierra», los humillados y ofendidos, porque cuenta sus propias humillaciones, porque cuenta, en todas sus dimensiones, la historia de la ofensa que ha recibido. Y reclama con poderosa fuerza su derecho a ser reconocida como ser humano a través de su imagen de escritora. Ciertamente, ha ganado la partida.